

## EL CARDENAL GISNEROS, PRECURSOR DE LA EVANGELIZACION DE MEXICO

POR

NEMESIO RODRIGUEZ LOIS

Ozumba, situada al pie del nevado Popocatepetl —entre Amecameca y Nepantla— es una pintoresca población provinciana en la cual destacan de modo singular su iglesia y convento de principios del siglo xvii.

Y, dentro del convento, lo que más nos llama la atención y nos sirve para dar inicio a este trabajo, son las pinturas murales que se encuentran en su portería.

Toda una cátedra de historia de la evangelización en estas tierras y de modo muy concreto de cómo fue el parto de nuestra nacionalidad, ya que en una de dichas pinturas —la más importante de todas— encontramos a Hernán Cortés recibiendo de rodillas a los doce primeros franciscanos que aquí llegaron trayendo la luz del Evangelio.

Al llegar a este punto nada mejor que cederle la palabra a un testigo presencial de los hechos, a Bernal Díaz del Castillo quien, con su sabroso estilo literario, nos cuenta con todo detalle cómo se llevó a cabo tan feliz encuentro:

«... el mismo Cortés, acompañado de nuestros valerosos y esforzados soldados, los salimos a recibir, juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que llegaban, se apeó del caballo y todos nosotros juntamente con él; y ya nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de fray Martín de Valencia y le fue a besar las manos fue Cortés, y

no lo consintió, le besó los hábitos y a todos los demás religiosos, y así lo hicimos todos los más capitanes y soldados que allí íbamos» (1).

Los indios no daban crédito a lo que veían sus asombrados ojos. No podían comprender como el poderoso señor del trueno y del acero —que había logrado subyugar a los feroces aztecas— se humillaba ante un grupo de hombres desarmados que, por su humilde apariencia, semejaban ser mendigos.

«Esta escena», nos dice Salvador de Madariaga, «fue la primera piedra espiritual de la Iglesia Católica en México... Era además un acto en que el conquistador, hombre de fuerza, ponía su fuerza a los pies del espíritu» (2).

Aquellos doce frailes que habían desembarcado en San Juan de Ulúa (Veracruz) el 13 de mayo de 1524 y que venían bajo las órdenes de Fray Martín de Valencia entran en la ciudad de México pocos días después iniciando de inmediato una incansable labor.

Este grupo de hombres verdaderamente espirituales serán siempre considerados como los padres de la Iglesia mexicana y constituirán siempre una verdadera gloria de la Iglesia y de España. Con ellos, sencillamente, vino la civilización y desde entonces hay un México civilizado, formado por cuantos han vivido de los principios de la fe y devoción que nos trajeron» (3).

Cuánta razón tiene el historiador francés Robert Ricard al decirnos que «solamente con la llegada de los primeros misioneros franciscanos en 1524 comenzó la evangelización metódica de la Nueva España» (4).

Una evangelización que se veía robustecida por la vida de

(1) *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, capítulo LXXXVII.

(2) *Hernán Cortés*, Editorial Sudamericana, 9.ª edición, Buenos Aires, 1973, pág. 578.

(3) MARIANO CUEVAS, S. J., *Historia de la Iglesia en México*, Editorial Patria, 5.ª edición, México, 1946, tomo I, pág. 181.

(4) *La Conquista Espiritual de México*. (Traductor: Angel María de Garibay), Edición conjunta de las editoriales Jus y Polis, 1.ª edición, México, 1947, pág. 79.

pobreza y santidad de estos personajes que, después de cruzar el Atlántico en medio de mil penalidades, venían inflamados por una auténtica sed de salvar almas.

Una austeridad de tales dimensiones que bien podemos decir, junto con Alfonso Trueba, cómo «la pureza de vida de los primeros evangelizadores fue una predicación viva y suplió los milagros que hubo en la primitiva Iglesia».

«... la pobreza y estrechez en que vivían eran tan grandes que si San Francisco viniera de nuevo al mundo no les hiciera ventaja» (5).

Ahora bien, todos estos prodigios evangelizadores no se comprenden fácilmente si no echamos antes un vistazo a los acontecimientos que tuvieron lugar en España cuarenta años antes.

Aragón y Castilla, los dos principales reinos cristianos de la Península Ibérica, se han unido mediante el matrimonio de Isabel y Fernando.

Gracias al matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se consuma la unidad de España. Solamente faltarán al norte el reino de Navarra y, al sur, los dominios musulmanes de Granada que —desde hacía más de dos siglos— eran una espina clavada en la frente de los monarcas castellanos.

Ahora bien, dentro de ese proceso de unión de ambos reinos, los Reyes Católicos tienen que enfrentarse con nobles levantiscos que veían con malos ojos dicho matrimonio así como con innumerables bandoleros que asolaban los caminos.

Y por si lo anterior no bastase, existía aún otro problema: el clero se había corrompido de tal manera que en muchas ocasiones se encontraban muchísimas más virtudes en un sultán rodeado de cortesanas que en un convento donde se suponía habrían de practicarse los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Era necesaria una auténtica reforma, una reforma drástica y viril que amputase los miembros podridos y lograrse el milagro de que conventos y monasterios volviesen a ser habitados por gentes poseedoras de auténtica vocación religiosa.

---

(5) *Doce Antorchas*, Editorial Jus, 3.<sup>a</sup> edición, México, 1975, pág. 42.

Es entonces cuando aparece un hombre providencial que se gana de inmediato la confianza y admiración de Isabel la Católica.

Ese hombre era un humilde fraile franciscano de nombre Francisco Jiménez de Cisneros.

Un enjuto varón cuya fisonomía externa así como un recio temple quizás hayan inspirado a Cervantes para trazar, un siglo después, el genio y figura del inmortal Don Quijote de la Mancha.

No tiene caso el presentar una biografía pormenorizada de tan piadoso varón nacido en un pequeño pueblo de Castilla la Vieja pocos años antes que la reina Isabel.

Mas bien habrá que rasaltar cómo, debido precisamente a su gran humildad, rechazó siempre todo cargo importante que se le ofrecía, llegándose al extremo de —una vez investido como Cardenal de la Archidiócesis Primada de Toledo— negarse rotundamente a poner las vestiduras correspondientes a su alta dignidad. Fue entonces cuando, como acto de obediencia al Santo Padre, el Cardenal Cisneros accedió a vestirse la púrpura, pero llevando siempre debajo de ella el tosco sayal franciscano.

Ese fue el hombre de quien se valió la Reina Católica para reformar un clero burgués y decadente cuyas costumbres escandalizaban a los mismísimos seguidores de Mahoma.

Esta reforma tuvo lugar alrededor de 1480 y para poderla coronar con éxito fue necesario que Cisneros actuara con el máximo rigor, ya que eran muchos los intereses que estaban en juego.

«El revuelo que se armó fue estrepitoso y no se apaciguaron los ánimos durante largo tiempo. Muchos frailes y monjas salieron de sus conventos y se marcharon al África, no para convertir a los infieles, sino para vivir como infieles, sin frenos de pobreza, castidad ni obediencia» (6).

Esto va a ser de providenciales consecuencias, ya que la causa principal de que España no se haya vuelto luterana se debió a que Cisneros se le adelantó a Lutero, o sea, que los aislados pro-

(6) EUSEBIO CEBALLOS PIÑAS, *Cisneros, un gran español*, Publicaciones españolas, 1.ª edición, Madrid, 1973, pág. 32.

testantes que en el futuro pudieron haber surgido no encontraron ninguna bandera que enarbolar entre los españoles.

«Gracias a la obra de Cisneros», nos sigue diciendo el autor citado, «cuando años más tarde estalló el gran terremoto luterano, con la consiguiente deserción masiva de frailes y monjas por toda Europa, los conventos y monasterios españoles se mantuvieron adictos a Roma. No es posible calcular los beneficios espirituales y materiales que esta previsorá reforma cisneriana consiguió para nuestra patria, que permaneció intacta, mientras en el resto de Europa corría abundantemente la sangre por discusiones religiosas» (7).

El caso es que, gracias a Cisneros, España rechaza el humanismo pagano que hace del hombre el centro del universo.

El humanismo español —promovido por un Cisneros a quien se debe la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares— es algo muy distinto por ser netamente cristiano.

El humanismo español enseña que el hombre es un ser privilegiado por ser hijo de Dios, por estar hecho a imagen y semejanza de Su Creador y porque el Redentor se encarnó en el linaje humano para pagar la gran deuda que nuestros Primeros Padres habían contraído en el Paraíso.

Por todo ello, por ser el hombre un ser privilegiado habrá que hacerlo digno de recibir los copiosos frutos de la Redención.

Y dentro de la búsqueda de hombres dignos de recibir los copiosos frutos de la Redención encuadra perfectamente la mentalidad de una Isabel la Católica que —apenas tuvo noticia de la llegada de Colón al Nuevo Mundo— empezó a considerar a quienes aquí vivían como vasallos suyos dignos de ser respetados y bautizados.

Esa es la mentalidad que impera en la España de fines del siglo xv, o sea, la España de Isabel y de Cisneros.

Por todo lo anterior, vemos cómo los misioneros que llegan a tierras de México no son más que los primeros frutos de la reforma emprendida por el Cardenal Cisneros cuarenta años atrás.

---

(7) *Idem*, pág. 33.

Aquellos misioneros que llegaron a México en la primavera de 1524 eran frailes reformados que estaban modelados por un profundo humanismo cristiano.

Aquellos santos varones de toscó sayal van a realizar entre nuestros indígenas la más admirable de todas las obras de arte que ha conocido el género humano: hacerles tomar conciencia de que poseen la suprema dignidad de ser hijos de Dios, razón por la cual tienen el mismo valor el alma del más humilde macchual que la del todopoderoso Emperador Carlos V.

Estos hombres que eran santos en el sentido pleno de la palabra no le van a decir a los nuevos cristianos que todo hombre tiene derecho a gozar de los placeres de la vida terrena —cosa que ocurrió en los países protestantes—, sino que más bien habrán de decirles —sin fijarse si son ricos, pobres, apuestos o deformes— que tienen un alma inmortal que ha sido redimida con el precio infinito de la Sangre de Cristo.

Desde luego que todo esto va a explicar la viril defensa que los frailes hacen de los indios frente a los abusos de los encomenderos, la fundación de escuelas y hospitales, la construcción de caminos y acueductos. Y en fin el poner las bases materiales para que quienes aquí habitaban disfrutasen de los elementos necesarios para una vida digna.

Toda una proeza civilizadora que no se dio jamás dentro de las colonias angloprotestantes, ya que en ellas fue otra la cosmovisión que se impuso.

Toda una proeza humanística que aquí jamás se habría dado si el Cardenal Cisneros no hubiera emprendido su gran reforma pocos años antes de que las tres carabelas llegasen a la isla de Guanahaní.

Aterra, aunque solamente sea por unos segundos, imaginar lo que aquí habría ocurrido si —en lugar de aquellos santos varones productó de la reforma cisneriana— hubiesen llegado frailes lascivos, intrigantes y aferrados a los peores vicios.

Aterra el imaginarnos la influencia disolvente que dichos sujetos habrían ejercido no solamente sobre los inocentes conversos que ante ellos acudirían a recibir las aguas lustrales, sino andando

el tiempo, la influencia que habrían de ejercer sobre las futuras generaciones que habrían de constituir los fundamentos del México Mestizo.

Ahora nos explicamos perfectamente la gran emoción que el valiente extremeño debió de haber sentido en el momento en que tuvo ante su vista a los doce apóstoles que aquí llegaban.

Su impulso —como el de todo hombre bien nacido— fue el de hincar su rodilla y besarles los hábitos.

Y es que no era para menos, ya que ante él se encontraban auténticos santos cuya vida y sacrificios habrían de servir para colocar los cimientos de la muy noble Nación Mexicana.